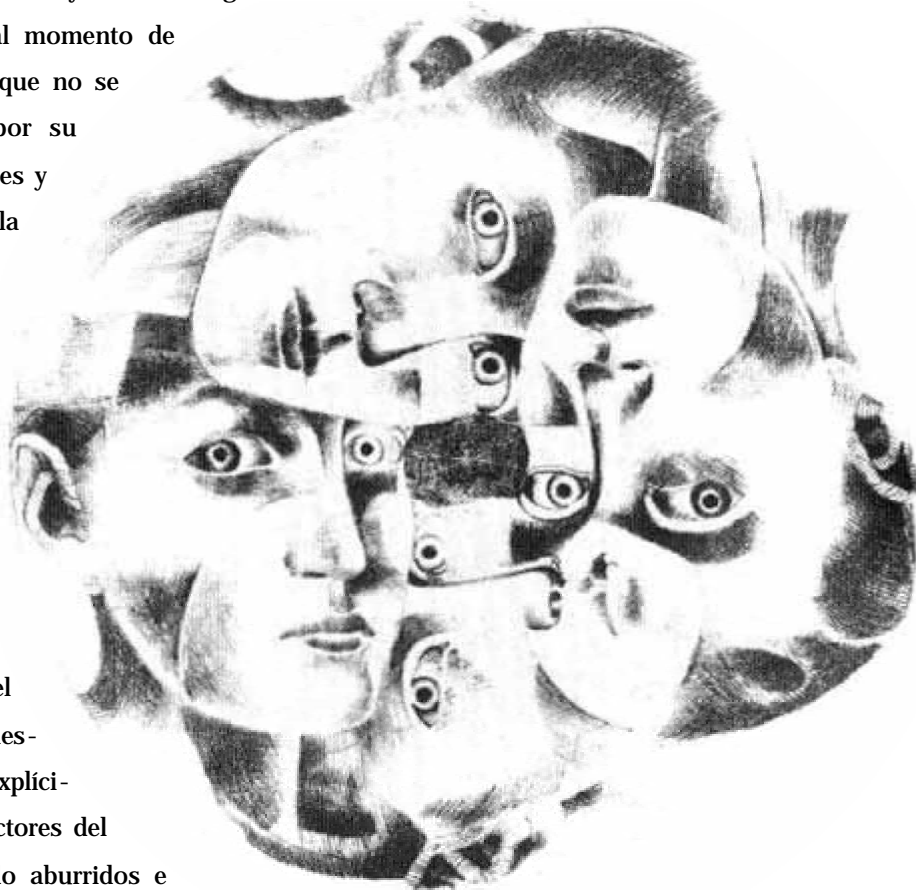


# Historia de las Orgías

**EVE GIL**

El título es de por sí insólito: Historia de las orgías (Ediciones B, 2004). Pero el título es lo menos sorprendente de este espléndido libro cuyo autor, Burgo Partridge, tenía 23 años al momento de escribirlo, en 1958, época que no se distinguió precisamente por su apertura en asuntos sexuales y lo cual sale a relucir en la autocensura de Burgo –“Lo que sigue al clímax de la ceremonia es demasiado abominable para describirlo”-. Sin embargo, uno de los grandes méritos de esta escritura desparpajada, que no por desparpajada deja de ceñirse a los lineamientos del ensayo literario, es que no desperdicia líneas en detalles explícitos que, al menos a los lectores del siglo XXI hubieran resultado aburridos e innecesarios, si bien cabría objetarle su incursión en eventuales (acaso protocolarios) aspavientos morali-



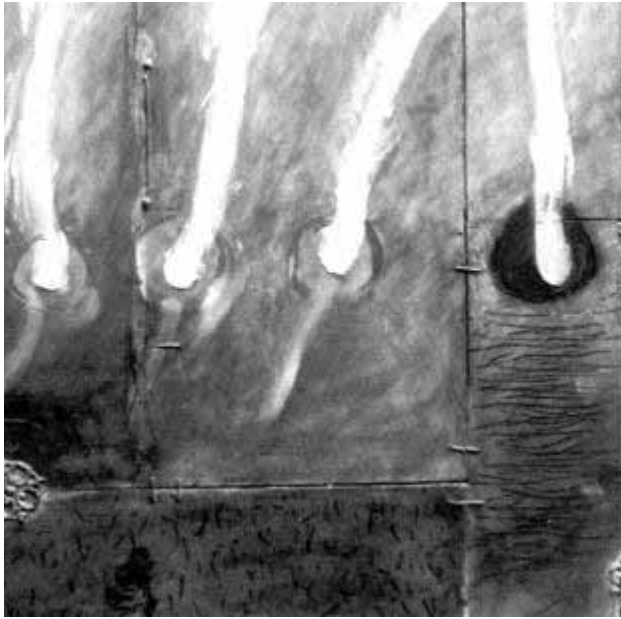
nos. Excepto por este último detalle, *Historia de las orgías* parece escrita para un lector que no nacía aún al momento de su redacción; saciado, aburrido acaso de la pornografía –“El único fantasma en juego en el porno, es que hay uno, no es del sexo, sino el de lo real, y su absorción, absorción en otra cosa distinta de lo real, en lo hiperreal”, dice Jean Baudrillard– y más interesado en reencontrarse con las raíces históricas y antropológicas de sus impulsos sexuales.

En su epílogo para la edición inglesa de 2002, que debió ser prólogo, Harriet Garnnet, esposa de este genio precoz que no tuvo oportunidad de escribir otro libro a causa del infarto masivo que lo emboscó a los veintiocho años, lo describe como un brillante y voluptuoso estudiante de Oxford, “(...) era el hombre más salvajemente atractivo que he tenido la suerte de conocer (...) Interpretaba el papel de un ser romántico e imprevisible, quizás inspirado en la caracterización que hiciera Orson Welles en *Jane Eyre*”, que se sentó a hacer este libro apenas graduado como historiador. Cabe señalar, como de hecho se destaca en la contraportada, que tanto Burgo como su mujer son hijos de distinguidos miembros del llamado grupo Bloomsbury: él, de Ralph y Frances Partridge (a quienes debemos las crónicas más picanterías sobre esta mítica capilla literaria a la que pertenecieron Virginia Woolf, Lytton Strachey y Vita Sackville-West, entre otros); ella, de David Garnett.

*Historia de las orgías* abarca desde la antigua Grecia, con su prostitución de carácter sagrado, hasta los convites de Rasputín quien se hacía lamer la comida de los dedos por las más bellas mujeres de la Rusia zarista. Cuando llega hasta la “época actual”, es decir, finales de los cincuentas, asegura Burgo: “En nuestra época hay muchos que no necesitan de la orgía. Hay muchos más que creen no necesitarla (...) Los descubrimientos de la psicología han operado grandes cambios en nuestra visión de la vida y, particularmente, en nuestra visión de la sexualidad. Ahora que sabemos la verdad, ya no podemos

renunciar a la responsabilidad de nuestros actos.” No podía tener idea de la peste que asolaría a la humanidad de finales del siglo que no terminó de recorrer y que tanto ha contribuido a sofisticar la sexualidad con paliativos tales como el cybersexo –que, aunque inocuos para nuestra salud física, pudieran, a la larga, ser inicuos para nuestro bienestar psicosexual– lo que nos hace pensar un poco en la época victoriana en que hasta Shakespeare fue censurado y la reprimida sociedad encontraba desahogo en lo que pudieran considerarse las películas porno de entonces: los juicios de divorcio. “Las vistas eran públicas –escribe Burgo–, abiertas a todos aquellos que tuvieron la suerte de encontrar un hueco en las atestadas salas. Allí escuchaban con avidez testimonios de naturaleza sumamente indecorosa y se rasgaban las vestiduras en público por la humillación de las pobres criadas, obligadas a revelar todos los vergonzosos detalles que habían observado sin querer a través de las cerraduras.” (p. 170).

La moralidad sexual ha oscilado de menor a mayor relajación a través de los siglos, pero la orgía, que tuvo presencia hasta en la muy recatada Inglaterra victoriana y la sigue teniendo en tiempos del SIDA (baste el ejemplo de las fiestas swingers) pasó paulatinamente a ser manifestación de rebeldía más que saludable vía de escape a los instintos, como la concibieron los griegos. “La rebelión es la esencia de la orgía, si se dirige contra los valores establecidos.” (p.173). Entre más reprimida una sociedad, más cruenta se manifiesta su sexualidad en lo privado. Los griegos, por ejemplo, se nos presentan como seres mucho más civilizados a la luz de nuestro tiempo. Su sexualidad se manifestaba abierta pero razonadamente, pues estaban muy concientes de ella y de su razón de ser, por lo que sólo condenaban la práctica irracional del mismo, lo que incluye la violación. No existía, como ahora, una división entre carne y espíritu, la una se complementaba perfectamente con la otra, incluso se consideraba que quienes valoraban la sensualidad y la



Juan Ramón Lemus

lujuria poseían un intelecto superior y honraban a sus dioses. “A pesar de su candidez, los griegos eran un pueblo eminentemente pragmático y lo bastante realista como para saber que la inclinación estaba allí y, con tal de preservar la olla, abrían de cuando en cuando la válvula de escape.” (p. 33) Aunque se les asocie con los romanos y no falta un despistado que los confunda, lo cierto es que aquellos tenían un concepto bastante bestial de la sexualidad. Efectivamente, el Imperio Romano se caracterizó por el exacerbamiento de todos los vicios. El placer no podía considerarse tal sin la presencia de la crueldad, especialmente en las cortes de emperadores como Calígula o Nerón. Burgo Partridge acusa a los romanos, salvo al exquisito Petronio que no sólo escribió el *Satiricón* sino que era además un esteta del hedonismo, “un artista consumado de la extravagancia”, de carecer de sentido estético en lo que al sexo se refiere: “Su actitud ante la desnudez, ya fuera de carne viva o de piedra, era más burda y menos sensible que la griega.” (p. 53). Todo lo anterior nos hace suponer que los griegos eran bastante más civilizados, aunque finalmente, por influjo de la propia cultura griega, los romanos terminaron por refinarse. Los renacentistas lograron emular a los griegos en

las áreas de la retórica, el arte y la filosofía, pero no en lo sexual. Aunque las romanas de los siglos XVI y XVII gozaron de la libertad nada solapada de las sacerdotisas griegas, tanto a ellas como a los hombres terminaba por dominarlos el espíritu vil de sus antepasados. Las orgías en el Vaticano se caracterizaban por la crueldad infringida contra las prostitutas de ínfima categoría y los animales, como ocurrió en la ya histórica Noche de las Castañas de los Borgia, que no podía faltar en este libro.

Las orgías, que empezaron como homenaje a los dioses, adquirieron con los siglos un cariz diabólico. Mucho antes que apareciera en el horizonte el Marqués de Sade (por cierto, el autor emplea constantemente el término “sadismo” al referirse a los hábitos de los romanos y los papas, muy anteriores al acuñamiento del mismo, pero ciertamente no hay término más apropiado). Es un hecho que a toda represión sexual seguirá una exacerbación de lo contenido; como en la España postfranquista y la Rusia postcomunista que Burgo no alcanzó a ver. Él menciona los sucesos posteriores a la reinstauración de la monarquía inglesa que abolió el puritanismo de Cromwell en el siglo XVII. El propio Carlos II se exhibía abiertamente con su amante, Louise Penancoet de Kéroualle, mejor conocida como lady Puta y de cuyos rizos púbicos se confeccionó la peluca que habrían de portar los neófitos de un aristocrático club de vicio donde, aunque el plato fuerte era el sexo comunal, tenían por aperitivo las misas negras. Fue una época en que sólo las muy disolutas o las vírgenes inmaculadas tenían cabida en esas alucinantes bacanales. “A los herejes no los acusaban sólo de herejía –dice Partridge refiriéndose al oscurantismo de la Edad Media y del puritanismo inglés– sino también de hechicería, homosexualidad y zoofilia.” Esto nos remite a su conclusión original de que las orgías son, para el hombre moderno, una manifestación de rebeldía contra los valores establecidos más que a un desfogue. ❏